

EL GOBIERNO Y EL FRANQUISMO

LO que el señor Fraga ha dicho en Málaga, si son exactas las informaciones de la prensa diaria —que las cosas han empeorado mucho, en el orden público y en la Administración, comparando este tiempo con el de Franco— es un compendio de la repetida y popular "pintada" de la extrema derecha: "Con Franco vivíamos mejor". Unida la frase a otra en la que dijo que "la dictadura y la guerra civil vendrán si seguimos con un Gobierno que no gobierna", muy apta para hacer cundir el pánico, para plantear el dilema de que si el país mantiene a Suárez se encontrará con una guerra civil o una dictadura, recrece toda esta campaña de política de borde del abismo. Coinciden siempre los grandes exabruptos del señor Fraga con situaciones tensas y rumores de violencia, y parece siempre ponerse en la parte a la que convienen esos rumores. Si premeditadamente fuese así, sería una política repugnante. Los esfuerzos del señor Fraga, con su Alianza, con su Nueva Mayoría o con quién sea, parecerían ser los de querer-se poner sobre la cresta de una ola que se alzase y le llevase al poder por cualquier vía. La electoral, se recuerda, no le dio buen resultado. El señor Abril Martorell, vicepresidente segundo del Gobierno, que acepta la polémica con el señor Fraga y dice de estas declaraciones que son "muy irresponsables y muy graves", viene a decir que la derecha merece algo mejor que Fraga, y que es más inteligente que alguno de sus líderes. Es cierto. La serie de candidatos que se van ofreciendo a la derecha española, más abundantes cuando más fuerte es la apariencia de la derecha, no cuajan. Ni los más violentos ni los que tienen mejor aspecto político. Uno de los problemas que tiene esta derecha española es el que quienes podrían ser sus dirigentes más capacitados, por experiencia y por tradición, no aceptan la denominación de derecha, como hace el propio señor Abril Martorell, y emprenden la famosa fuga hacia el centro, que ya quiso ocupar también el señor Fraga.

EN cuanto a la inteligencia de la derecha, es algo que no ofrece la menor duda. En el aspecto político está siendo muy superior a la izquierda, y no sólo ahora, sino en otros momentos de la

Historia. La derecha está consiguiendo dar una sensación de fortaleza y abundancia, aun a pesar de sus líderes o de sus divulgadores, que no corresponde a la realidad española: a la realidad de las urnas y a la de la voluntad mayoritaria. El franquismo que añora el señor Fraga, y que la derecha sabe presentar de una manera admirablemente sofista, como un futuro, lo cual es física y metafísicamente imposible —podría haber un remedo, podría haber una imitación; podría haber algo muchísimo peor y, como no, algo muchísimo mejor conseguido en la misma línea—, murió de muerte natural. Se agotó en sí mismo: dejó de ofrecer el mínimo interés al pueblo español, era un anacronismo dentro del mundo occidental. Murió no solamente entre grandes desórdenes públicos y estallidos de terrorismo que superaron a lo que se ha ido conociendo después —la voladura del jefe del Gobierno, señor Carrero Blanco, el atentado contra la Policía en la calle Correo—, que continuaron y se amplificaron después cuando el señor Fraga era espectacular ministro de la Gobernación, y salpicado de huelgas —que eran ilegales, y a las que se daba el nombre eufemístico de conflictos laborales, y otros—, de manifestaciones, de procesos, de penas de muerte; murió en un clima de desafecto, de desgana, de aburrimiento de quienes lo habían propiciado y mantenido. Incluso el proceso de "desfranquización" que levemente y pausadamente comenzó a producirse entonces, encontró pocos defensores: resignados unos, reducidos a la añoranza y a la lamentación; y abandonado, digamos que traicionado por otros. Son cosas que no se pueden olvidar. Aquellos desmayados partidarios se han rehecho, y por dos razones: una, que han tenido el tiempo suficiente, en estos casi tres años, para ver que su actitud era defendible; en tres años no ha cundido con la fuerza que necesitaba la opción democrática que se daba al pueblo español, ni siquiera la Constitución que lleva un año de debates aburridos y mezquinos y que tiene un contenido donde el respeto a las ideologías básicas de la sociedad anterior se sigue manteniendo y hasta prevalece con ciertas rupturas que quería la sociedad nueva. La otra razón, es que se han conservado todos los puntos de pequeño gobierno, de pequeña fuerza, de pequeña difusión de ideas, que ganaron

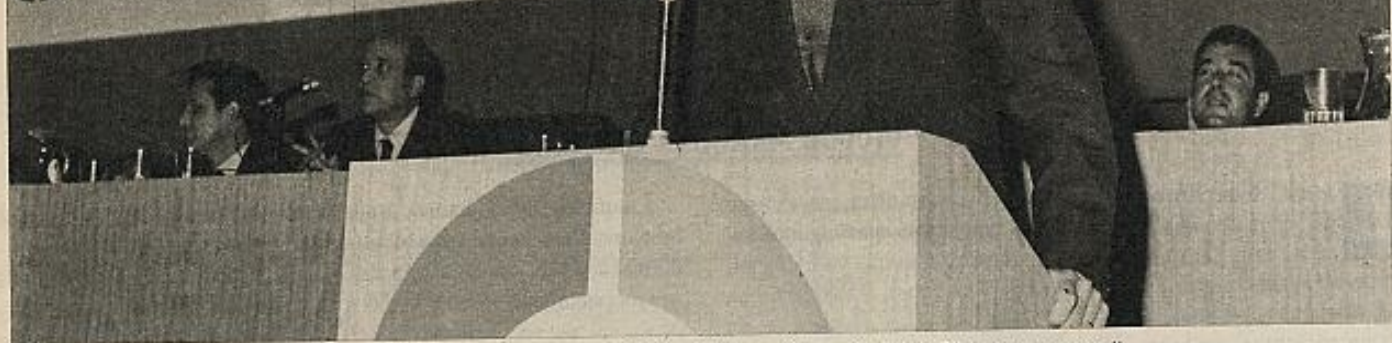
con el otro régimen, y que la suma de esas pequeñeces constituye un tejido, un entramado importante. Hasta el punto de que algunos ministros, algunos directores generales no consiguen implantar sus puntos de vista —que son los del Gobierno, que son los de las Cortes— porque los contienen o los esterilizan los franquistas del entramado.

MIENTRAS, en la izquierda, ha surgido ese abandonismo que llamamos desencanto, y por una razón naturalmente inversa. Para el ciudadano, la Constitución, aun con el intento de saneamiento lingüístico del senador Cela, sigue siendo algo tan lejano e incomprensible como la Ley Hipotecaria. Una Constitución era algo por lo que en tiempos se luchaba,



Manuel Fraga: con Franco vivíamos mejor.

II ASAMBLEA PROVINCIAL UCD



Abril Martorell: las declaraciones del líder de AP son "muy irresponsables y muy graves".

se iba a la cárcel o al exilio, se moría: nadie levantaría un dedo por esta Constitución, como nadie levanta barricadas por la Ley Hipotecaria. A la vida cotidiana no han llegado las reformas. Se sabe que se trabaja para el porvenir. Pero tres años son bastantes en la vida de un hombre, y su noción del porvenir no puede ser entusiasta cuando no ve salidas para su presente. Así, se da la paradoja de que mientras los resultados electorales y hasta las encuestas de la opinión pública dan unos resultados favorables a la democracia y al constitucionalismo y a los partidos políticos y al Parlamento, los enemigos del nuevo régimen, si no una minoría incomparable, dan una mayor sensación de fuerza y de poder. Quizá no sólo sensación: quizá lo tienen. Si en una democracia una minoría ínfima domina al país y sabe desmoronar las esperanzas de otro sistema de vida que tiene la mayoría, es que no es una democracia. "Nuestra Constitución trabaja para una mayoría y no para una minoría". La frase es de Pericles, tiene dos mil cuatrocientos años y sigue siendo una definición de la democracia.

SOBRE esta observación general podríamos llegar a conclusiones parecidas a las del señor Fraga, sólo que diametralmente opuestas. El dirigente derechista acusa al Gobierno de no gobernar, y lo dice en sus alocuciones, mítines y artículos. Desde el punto de vista de los demócratas, a quienes no está gobernando este Gobierno es a los derechistas. La fachada de problemas en las cárceles, atentados o huelgas, que no son privativos de este tiempo o de este país, oculta una profundidad más grave: el descontento de los que no ven sus derechos atendidos, de los

que se ven amenazados con una dictadura o una guerra civil como las que esgrime el señor Fraga, que se ven frente a una Constitución desmayada, a un paro obrero, a una educación que no funciona o una disminución de salarios, es consecuencia directa de que el Gobierno ha gobernado a la derecha. Le es más fácil gobernar a la izquierda. Que se presta a ello.

DONDE está la solución? Indudablemente, en continuar el camino a la democracia. Con o sin defectos, aquí está esta Constitución, y la oposición de la derecha, por todos sus medios, a que se promulgue, la hace finalmente buena, o por lo menos de mal menor. ¿Y después? Aquí se abre el cisma. Parece lógico que después haya elecciones generales. Y se despeje cuál es de verdad la opción que quiere la mayoría del país. Es un futuro que está en la línea de la democracia clásica: con una Constitución nueva, el país necesita unas Cámaras nuevas. Querrá, quizá, otros representantes que produzcan el desarrollo de esa Constitución. Querrá terminar con el Gobierno designado, para comenzar con el primer Gobierno constitucional. Pero no hay unanimidad en la izquierda ni en la derecha. UCD y el PCE intentan seguir tres años más con estas Cortes y un Gobierno parecido; el PSOE y Alianza Popular prefieren las elecciones generales. Las razones que el PCE esgrime, sobre todo en un inteligente artículo de su secretario general, señor Carrillo, tienen un peso. El señor Carrillo estima necesario un Gobierno nuevo tras el referéndum constitucional: le parece imposible un Gobierno sólo de UCD, que no tiene la mayoría necesaria en el Congreso; no cree viable la alianza UCD-AP, que dividiría al país en

dos bloques —izquierda en la oposición, derecha gobernando—, ni cree en la posibilidad de un Gobierno UCD-PSOE, entre otras razones porque el PSOE no quiere. La solución estaría en el consenso, y en un Gobierno de UCD con inclusión de independientes. "Pero los conocidos denostadores del consenso —escribe—, ¿se imaginan en serio que un Parlamento y unas instituciones democráticas que pugnan por asentar su poder, contestadas desde ciertos órganos estatales, podrían hacerlo sin consenso?". Para añadir esta frase: "Los que atacan el consenso —muchos de ellos con frívola inconsciencia—, ¿se dan cuenta de que objetivamente están perturbando el proceso de estabilización democrática?". Frase en la que algunos podrán encontrar un eco inverso de la del señor Fraga, puesto que "perturbar el proceso de estabilización democrática" podría ser un equivalente de una amenaza de dictadura o guerra civil. ¿Será posible que si sostiene el consenso y, por tanto, la actual forma de gobierno, vayamos a la catástrofe anunciada por el señor Fraga; y si se rompe el consenso y se produce una solución de izquierdas o de una forma de gobernación de la vida más a la izquierda vayamos a la perturbación y a la contestación de "ciertos órganos estatales" a la estabilización democrática, como anuncia el señor Carrillo?

EN todo esto, las declaraciones del señor Suárez en Venezuela diciendo que "no tiene miedo de nada", ni de un golpe militar, y que el pueblo español no está decaído ni asustado; y que no piensa dimitir, ni ser sustituido; y que no hay la menor crisis de gobierno, son declaraciones que carecen de la menor importancia. ■